

ESPINAS

I

La educaron como en Lima educan a la mayor parte de las niñas: mimada, voluntariosa, indolente, sin conocer más autoridad que la suya, ni más limite a sus antojos que su caprichoso querer.

Cuando apenas su razón principió a discernir, el amor propio y la vanidad estimuladas de continuo fueron los móviles de todas sus acciones, y desde las acostumbradas e inocentes palabras con que es de uso acallar el llanto de los niños y refrenar sus infantiles desmanes, todo contribuyó a dar vuelo a su vanidad, formándole pueril el carácter y antojadiza la voluntad. Y hasta aquellos consejos que una madre debe dar el día que por primera vez va su hija a entrar en la vida mundanal, fueron para ella otros tantos móviles que encaminaron por torcida senda sus naturales inclinaciones. «Procura –habíale dicho la madre a la hija cuando confeccionaba el tocado del primer baile al que iba asistir vestida de señorita– procura que nadie te iguale ni menos te sobrepase en elegancia y belleza, para que los hombres te admiren y las mujeres te envidien, este es el secreto de mi elevada posición social».

Su enseñanza en el colegio, al decir de sus profesoras, fue sumamente aventajada y la madre, abobada con los adelantos de la hija, recogía premios y guardaba medallitas, sin observar que la sabiduría alcanzada era menor que las distinciones concedidas.

Todas las niñas la mimaron y adularon, disputándose su compañía como un beneficio; porque, al decir de sus amigas, Blanca era picante, graciosa y muy alegre.

Además de lo que le enseñaron sus profesoras, ella aprendió prácticamente muchas otras cosas que en su alma quedaron hondamente grabadas; aprendió, por ejemplo, a estimar el dinero sobre todos los bienes de la vida: «hasta vale más que las virtudes y la buena conducta», decía ella en sus horas de charla y comentarios con sus amigas. Y a arraigar esta estimación, contribuyó grandemente el haber observado que las Madres (olvidé decir que era un colegio de monjas) trataban con marcada consideración a las niñas ricas, y con menosprecio y hasta con acritud a las pobres. «Y estas pagan con mucha puntualidad sus mesadas», observaba Blanca.

De donde dedujo que el dinero no solo servía para satisfacer las deudas de la casa, sino además para comprar voluntades y simpatías en el colegio.

Ella, entre las educandas y profesoras, disfrutó de la envidiable fama de hija de padres acaudalados, sin más fundamento que presentarse su madre los Domingos, los días de salón, lujosamente ataviada, llevando vestidos y sombreros estrenados y riquísimos, los que ella sabía que donde hizo su madre no había podido pagar por falta de dinero; de esta otra deducción: que la riqueza aparente valía tanto como la verdadera.

Después del salón, sus amigas comentaban con entusiasmo el buen gusto y las ricas telas que usaba su madre, y las niñas pobres mirábanla con ojos envidiosos: las ricas como ella, formaban corro y disputábanse, ansiosas, su amistad.

Un día una de las niñas, la más humillada por la pobreza con que ella y su madre vestían, le dijo:

—Oye, Blanca: mamá me ha dicho que la tuya se pone tanto lujo porque el señor M. le regala vestidos.

—Calla, cándida —observó otra—; si es que la mamá de Blanca no paga a los comerciantes y vive haciendo roña, eso lo dicen todos.

Blanca tornose encendida como la grana, y con la vehemencia propia de su carácter, saltó al cuello de una de las niñas, de la que dijo que su madre les hacía roña a los comerciantes, y después de darle de cachetes y arrancarle los cabellos, escupiole en el rostro diciéndole:

—¡Tomal! ¡Pobretona, sucia, si vuelves a repetir eso, te he de matar!

Sus amigas la separaron a viva fuerza y desde ese día fue enemiga acérrima de aquella niña. En cuanto a la que dijo ser el señor M. el que le regalaba los vestidos a su madre, ella no lo encontró tan grave como lo de la roña. Y luego, ¿qué había de malo en que el señor M., que era tan amigo de mamá, le regalara los vestidos? cuando ella fuera grande también había de buscar amigos que la obsequiaran del mismo modo.

En las horas de recreo, y en las muchas robadas a las de estudio, sus amigas referíanle cosas sumamente interesantes. La una decía que una hermana suya había roto con su novio por asuntos de familia y su hermana, de pique, se iba a casar con un viejo muy rico que le procuraría mucho lujo y la llevaría al teatro, a los paseos y había de darle también coche propio. «¿Qué importa que sea viejo? Mamá ha dicho que lo principal es el dote, y así cuando el viejo muera se casará con un joven a gusto de ella».

Blanca saboreaba con ansia estos relatos: imaginábase estar ella en lugar de la joven, que había de tener coche propio y llegar a lucir ricos vestidos en teatros, bailes y fiestas, y ella, como la joven en cuestión, decidíase por el viejo con dinero mejor que por el novio pobre.

Algunas veces estas historietas venían seguidas de acaloradas discusiones. Muchas niñas opinaban que el joven (con tal que fuera buen mozo) era preferible con su pobreza al rico, si había de ser viejo. Blanca fue siempre de la opinión contraria. Y a favor de la riqueza del futuro marido, ella argumentaba manifestando todo el caudal de experiencia adquirida en esa vida ficticia, impuesta por las necesidades en completo desequilibrio con las limitadas rentas de la familia: necesidades que para los suyos fueron eterna causa de sinsabores y contrariedades.

Cuando su madre llegaba a conocer algunos de estos precoces juicios de su hija, reía a mandíbulas batientes, y exclamaba:

—Sí, esta muchacha sabe mucho.

Y no se diga que la madre de Blanca fuera alguna tonta o mentecata, de las que las niñas del colegio clasificaban en el número de las que le deben al santo; no, era una señora muy sensata pero que, por desgracia, estaba empapada en ciertas ideas que la llevaban a pensar como su hija.

Blanca hacía desternillar de risa a sus amigas cuando, subida sobre una silla, remedaba al señor N., el predicador del colegio que con su acento francés, más que francés, *patois*, les decía:

—Es necesario, hijitas mías, vivir en el *santu timur* de Dios, porque en el mundo *tinemos dimuñios* por adentro y *dimuñios* por afuera.

Y luego, como el señor N., ella les explicaba a las niñas que los demonios de adentro eran nuestras malas pasiones y los demonios de afuera eran las tentaciones del mundo. Jamás Blanca paró mientes en estas tentaciones, y si retuvo las palabras en la memoria era solo para costearles la risa a sus compañeras, que no se cansaban de repetir:

—No hay quien tenga la gracia de Blanca.

Ella vivía muy contenta en el colegio, solo se fastidiaba por las horas tan largas de capilla, a las que también al fin concluyó por acostumbrarse, y ya ni el cansancio del arrodillamiento, ni la fatiga de espíritu que antes sintiera, presentáronsele después, pero ¡cosa más rara! Acontecíale ahora en la capilla que la imaginación traviesa y juvenil emprendía su vuelo y, con abiertas alas, iba a perderse en un mundo de ensueños, de amores, de esperanzas, de todo, menos de cosas que con sus rezos o con la religión se relacionaran. ¿Sería ella víctima de alguno de los *dimuñios* de que hablaba el Señor N.?

¡Vaya! Si parecía en realidad tentación del enemigo a tal punto que el monótono murmullo formado por madres y educandas cuando rezaban, como es de uso, a media voz los rosarios y demás oraciones, parecía contribuir a dar mayor impulso a su imaginación, sin que por esto dejara ella de rezar en alta voz. Así adquirió la costumbre de la oración automática sin el más pequeño vestigio de unción, sin imaginarse jamás que las oraciones tuvieran otro fin que llenar el templo de ruidos como podía haberse llenado de otra cosa cualquiera.

La madre de Blanca se asombraba de que su hija, encerrada en el colegio, estuviera tan ilustrada en asuntos que no debiera conocer y diera cuenta de la crónica escandalosa de los salones mejor que ella que, como decían las niñas, vivía en el mundo. Pero aquello no dejaba de tener su fácil explicación. Cada niña relataba de su parte lo que había oído en su casa y así formaban todas ellas la historia completa de los escándalos sociales.

Eso sí, era un contento ver cómo al fin de año salía del colegio cargada de premios y distinciones que regocijaban a la amorosa madre imaginándose ver a su hija portento de sabiduría y modelo de buenas costumbres.

Diez años estuvo Blanca en el colegio. Cuando salió corría el año de 1860, lo que prueba que no fue educada en el nuevo colegio de San Pedro, en el cual reciben hoy las niñas educación verdaderamente religiosa, moral y muy cumplida.

Su madre, no hallándose satisfecha con lo aprendido en el colegio, acudió a un profesor de piano para que perfeccionara a su hija en el difícil arte de Mozart y Gothchalk, pero bien pronto las invitaciones, las recepciones, las fiestas, las modas, absorbieron todo su tiempo, y se entregó por completo a este género de vida.

Los enamorados de sus lindos ojos, más que los pretendientes de su blanca mano, sucedíanse con gran asombro de las mamás con hijas feas de problemático dote que decían indignadas:

—¿Pero qué le encuentran a Blanca Sol? Quitándole la lisura y el disfuerzo, no queda nada: si parece educada entre las *cocottas* francesas.

Exageraciones y hablillas de mamás envidiosas, y por cierto las únicas envidias y las únicas maledicciones excusables: ellas son hijas del santo amor maternal que, como todos los amores verdaderos, es ciego y apasionado.

Porque, si bien es cierto que Blanca, joven vivaracha, picaresca en sus dichos y aguda en sus ocurrencias, tenía toda la desenvoltura de una gran coqueta, distaba mucho entonces de ser el tipo de la *cocotte* francesa.

La censura se cebaba no solo en su conducta, sino también hasta en su vestido. Verdad es que ella gustaba mucho llevar trajes de colores fuertes, raros, de formas caprichosas y muchas veces extravagantes; pero siempre se distinguía por el sello de elegancia y buen gusto que imprimía a todas sus galas.

Una cinta, una flor, un tul prendido al pecho, sabía ella darles el *chic* inimitable de su artístico gusto.

Blanca decía «que se privaba de risa» cuando alguna de sus amigas le imitaba sus modas, «sin agregar nada de su propio cacumen». Y las que eran cursis ¿cuánta risa no le daban a ella? Y estas risas muchas veces fueron imprudentes y estrepitosas en presencia de la mamá o del hermano de la burlada.

Las ofendidas, que al fin fueron muchas, diéronle el dictado de malcriada y critica, pero ella despreciaba a las «cándidas» y se alzaba de hombros con burlona sonrisa. Este modo de ser le trajo el odio de algunas y la censura de todas.

Decían que Blanca, al bajar del coche o al subir el peldaño de una escalera, se levantaba con garbo y lisura el vestido para lucir el diminuto pie, y más aún la torneada pantorrilla. ¡Mentira! Blanca se levantaba el vestido para lucir las ricas botas de cabritilla, que por aquella época costaban muy caro y solo las usaban las jóvenes a la moda de la más refinada elegancia. Gustaba más excitar la envidia de las mujeres con sus botas de abrochadores con calados, traídas directamente de París, que atraer las miradas de los hombres con sus enanos pies y robustas pantorrillas.

Decían que Blanca, con su descocada coquetería, había de descender, a pesar de su alta alcurnia, hasta las últimas esferas sociales.

Señalaban a un gran señor, dueño de pingüe fortuna, como el favorecido por las caricias de la joven, las cuales diz que él pagaba con generosas dádivas que llenaban las fastuosas exigencias de la joven y su familia.

A no haber poseído esa fuerza poderosa que da la hermosura, el donaire y la inteligencia, fuerzas suficientes para luchar con la saña envidiosa y la maledicencia cobarde que de continuo la herían, Blanca hubiera caído desquiciada como una estatua para pasar oscurecida y triste al número de las que, con mano severa, la sociedad aleja de su seno.